

LIBRO II.

DESDE LA DISPERSION DE LOS HOMBRES HASTA LAS OLIMPIADAS.

SUMARIO

Del Asia en general.—Primeras monarquías.—Hebreos,—su historia,—legislacion,—literatura —India, sus instituciones,—opiniones,—saber.—Egipto,—su historia,—costumbres.—Ciencias y Bellas Artes en general.—Fenicios.—Comercio de los antiguos.—Griegos,—sus tiempos heroicos.—De las Religiones.

CAPITULO PRIMERO.

Asia.

El Asia, cuna del género humano y de la civilizacion, es la parte más extensa del mundo y la más favorecida por la naturaleza, ocupando una superficie de 933.350 miriámetros cuadrados (2.100.000 leguas), entre el 24° de longitud oriental y el 172° de la occidental, y entre el Ecuador y el 73° de latitud boreal. Es, por lo tanto, algo mayor que la América, de la que está separada por el estrecho de Berhing; una cuarta parte más que el Africa, con la cual está unida por el Istmo de Suez, y cuatro veces más que Europa. La limitan al Sur las innumerables islas de la Polinesa, y le sirven de frontera al Oriente y en el Mar de las Indias, otras islas volcánicas, de naturaleza variada, segun las aguas que la circundan y la posicion. Aunque desde el Kamschatka hasta la Península Ibérica continúa un mismo continente, la division del Asia de la Europa está no obstante fundada en la conformacion plástica, en la naturaleza de las producciones y en la Historia. Los geógrafos más modernos señalan como fronteras de ambas partes el curso superior de los rios Don, Volga, Ural y la cadena de los montes Urales. Al Occidente se elevan los terrenos, y todo se muestra propicio para una rica vegetacion, como la tierra destinada á la agricultura y á las ciudades; hácia el Asia no hay más que sábanas inmensas, lagos salados y llanuras habitadas por tribus nómadas.

Dos grandes cadenas de montañas, en el

sentido del Ecuador, dividen el Asia en tres zonas. La primera es la de los Altaís, que desde más arriba del Mar Caspio recorren la Siberia hasta el Océano, y á la que referimos los Urales, aún cuando los recientes descubrimientos los muestren del todo independientes. Mas al Mediodía está la montaña del Tauro, que parte del Asia Menor, y elevándose, sobre todo en la Armenia, se divide en ramales en la region caucásica, y atraviesa luego los países situados al Oriente del Caspio, la Persia Septentrional, la Hircania, la Partia y la Bactriana hasta los confines de la Sogdiana, ó como decimos hoy, la Gran Bucaria: dividiéndose aquí en dos ramales, coge en medio el punto más elevado de la tierra, á saber, el desierto de Siam ó de Cobi; gira al Nordeste, con el nombre de Imao ó de Belurdag, penetra por el país Eygur, la Mogolia y la Songaria hasta el extremo de la Siberia; en tanto que con el otro ramal al Sudeste costea la India Septentrional, atraviesa el grande y pequeño Tibet, y se pierde en la China, en las costas del Mar Pacifico, habiendo tomado los varios nombres de Mustag, Candaar ó Paropamiso, é Himalaya, que recuerdan las cumbres más altas del globo.

Se hallan en el centro del Asia anchos lagos de agua salada, algunos como el Caspio, bituminosos, otros como el Asfaltites; grandes rios la surcan, y á causa de lo que se internan los golfos, y se cortan las costas, están interrumpidas las llanuras y son fáciles las comunicaciones. Entre sus rios el Irtisch, el Jenisei y el Lena, que van por la Siberia al Mar Glacial,

eran ignorados de los antiguos; pero desde los tiempos primitivos fueron famosos el Eufrates, el Tigris, el Indo y el Ganges, que desde el Tauro se dirigen al Golfo Pérsico y al Mar de las Indias; el Volga (*Rha*), el Oxo (*Gihon*) y el Yaxartes (*Sir Darja*), que desembocan en el Caspio; el Ho-Angh, el Yanghsekiangh, que descendiendo desde la China al Océano Pacífico, trazaban los confines de antiguas naciones y las vías del comercio. En el Oriente, no diremos inmóvil, pero sí eminentemente tradicional, es la geografía el mejor comentario de las narraciones, en atención á que los hombres y las cosas se cambian allí muy poco, ó se renuevan conservándose semejantes á los que antes eran; por cuya razón el estudio de los países explica hechos y fenómenos, que sin él la crítica rechaza ó trasforma en mitos.

De las tres zonas en que hemos dicho estar dividida el Asia por sus montes, la septentrional ó Siberia, entre el Altai y el Mar Glacial, puede decirse que fué desconocida de los antiguos, si bien estuvo entonces más poblada que ahora. Entre el Altai y el Tauro surge la región más elevada del mundo, paralela á nosotros, pero excesivamente árida y estéril, desnuda de bosques, ofreciendo poco más que pastos al Mogol, al Calmuco, al Songaro, que en hordas ó tribus sin residencia fija, van errantes con los ganados á donde la hierba, las fuentes ó el capricho los invitan.

Entre estos pueblos nómadas aún, y los más meridionales que estaban civilizados desde la primera edad, traza una división el 40° paralelo, que separa el Cáucaso de la Armenia, la Gran Bucaria de la Bactriana, la China de la Tartaria China. En esta tercera zona, que se extiende hasta el trópico, desde donde se dirigen hácia el Ecuador las dos grandes penínsulas Indica y Arábiga, está situado el país más privilegiado por la naturaleza; donde las exhalaciones de un mar tranquilo, el abrigo de las montañas, la corriente de caudalosas aguas, y el exacto período de los vientos, producen la temperatura más benigna. Allí prosperan las plantas y los granos más estimados; ostentan los pájaros é insectos su brillante hermosura; el algodón y el gusano de seda tributan al hombre sus productos para vestirlo, como las minas, los ríos y las rocas, oro, perlas, pie-

dras preciosas y diamantes para adornarlo.

El Indo divide el Asia Meridional en dos partes, que termina la una en el Océano y la otra en el Mediterráneo. Esta última, sobre la cual fija la Historia sus primeras miradas, puede subdividirse de nuevo en países del lado de acá del Eufrates, entre el Eufrates y el Tigris, y entre éste y el Indo.

Desde este lado del Eufrates encontramos la península del Asia Menor con las islas de su costa, la Siria, la Fenicia, la Palestina y la Arabia. Entre el Eufrates y el Tigris se hallan la Mesopotamia, la Armenia y la Babilonia: entre el Tigris y el Indo la Asiria, la Susania, la Persia, la Caramania; á lo largo del Golfo Pérsico el Mar de las Indias; la Gedrosia, la Media, el Aria, la Aracosio, la Partia, la Bactriana y la Sogdiana.

Al Occidente del Indo, el país propiamente llamado India, comprende de este lado del Ganges la región colocada entre este río y el Indo, la península del Malabar, la isla de Trapobana ó Ceilan, y del lado de allá del Ganges el país de los seros, el más lejano de que tuvieron noticia los antiguos, que ignoraron la existencia de la China.

A estos países agréguese el Egipto, tan semejante al Asia por su naturaleza, y tendremos trazada la escena de la historia más antigua.

Tanta extensión hace que esté sometida es Asia á los climas más variados. La oriental es generalmente húmeda, con un cielo tempestuoso y frecuentemente nublado, entre montes frágiles, pantanosas llanuras y ríos de largo curso, mientras que la occidental es enjuta y aún árida, con una atmósfera constantemente serena, vientos muy regulares, llanos poco menos elevados que las montañas que en ellos se apoyan, escasos ríos y bastantes lagos. La proximidad del Africa la hace más calorosa, en tanto que la oriental, que se acerca al Norte, se enfria en proporción á causa de los montes y los mares, las nieblas y los vientos del Polo, no detenidos por obstáculo alguno.

Así pues, á la India, jardín de toda delicia, á la helada Siberia, á las elevadas é inmensas llanuras de la Mogolia, á la fría Tartaria China, á la Asiria abundante en pastos, á la Partia salvaje, á las interminables praderas situadas

entre el Eufrates y el Tigris, parece que la misma naturaleza asignó la senda que habían de recorrer en la historia, como destinó al chino para surcar sus innumerables canales, al indio para domar al elefante destinado á la guerra y á las labores, y al árabe para valerse de los camellos en la arriesgada travesía de los desiertos.

Esta inmovilidad de la naturaleza física, la regular alternativa de las estaciones y de los aires, el cultivo uniforme y el modo igual de vivir, estampan su sello en el carácter moral, reproduciendo las mismas impresiones idénticas ideas. Por eso son el mogol y el tártaro vagabundos y pastores desde tiempo inmemorial, indómito el marata, amigo de la ociosidad el indio, como de la industria el chino, y todos tan tenaces en sus usos, que en su presente situación pueden leerse las instituciones de hace tres mil años.

En el Asia Central principalmente, es la especie humana de una hermosura superior, como río más puro por la inmediación á su fuente. Los individuos son allí proporcionados en su estatura, de bella presencia, y de formas tan maravillosas en las dos orillas del Caspio, que hasta influyeron sobre los mismos pueblos conquistadores, modificando las suyas. Así los turcos se hermosearon mucho; así las mujeres circasianas, soberanamente lindas, de espesas cejas, ojos negros, boca pequeña, tersa frente y redonda barba, mejoraron la deformada raza persa.

Además, cerca del Mediterráneo, á lo selecto de las formas se añade la inteligencia más fina; por lo cual, mientras difunden allí los céfiros la sonrisa de una vida feliz, se ejecutan obras de arte más perfectas que en otro paraje alguno.

Se hablan en Asia diferentes lenguas, ampliamente extendidas en la llanura, limitadas bastante entre los montes; pero las antiguas podían reducirse á tres grupos: uno desde el Mediterráneo al Alix, otro desde éste al Tigris, y el tercero desde el Tigris al Indo y al Oxo.

Alrededor del Mediterráneo, los frigios, considerados como pueblo muy antiguo del Asia Menor, hablaban un idioma semejante al de los armenios; en el litoral se oía frecuentemente el habla negra, como se oye la italiana en las

costas del Africa. Muy común era allí el idioma cario, así como en la parte septentrional el tracico, y diferentes dialectos en el montuoso país del Mediodía.

Pasado el Alix, entrando en la Capadocia, se oían lenguas semíticas, como el capadocio al Occidente de este río, el sirio entre el Mediterráneo y el Eufrates, el asirio en el Curdistán, el caldeo en Babilonia, el hebreo en Palestina, el fenicio en las ciudades marítimas y en las colonias, el árabe en la península y en las incultas llanuras de la Mesopotamia; lo cual indicaba un tronco único de familia, que varió según los países, nómada en la Arabia, agrícola en Siria, industrial en Babilonia, y traficante en Tiro.

Más allá del Tigris aparecen lenguas de otra clase, apenas conocidas en nuestros días con el descubrimiento del cendo y del sancrito, pero respecto á ellas no dejaron noticias los antiguos: solo Herodoto refiere que los mercaderes griegos, para trasladarse del Mar Negro al Caspio y á la Bucaria, llevaban consigo siete intérpretes; y Estrabon, tratando de los países del Cáucaso, dice que en la ciudad griega de Dioscuria se hallaban más de setenta dialectos.

Después del diluvio universal, los pueblos que habían bajado del Cáucaso, cuya cumbre más elevada es el Ararat, ocuparon los países tan luego como se enjugaban, y cesaba la exhalación cálida é insalubre del mar, y cuando la tierra arrancada por las lluvias, desprendiéndose desde las alturas á los valles, aumentaba la llanura. El grande y elevado llano del Asia Central, entre el Eufrates y el Tigris, con las montañas de un lado y del otro los desiertos, en donde están la Mesopotamia, tan abundante en pastos, la montuosa Armenia y la fértil Babilonia, fué la primer morada de los hombres. Goza este país del más dulce clima y de las estaciones más regulares; la tierra regada por perennes fuentes, se nutre allí con riquísima vegetación y con sabrosísimos frutos, libre de fieras y animales venenosos, y suficiente para alimentar á innumerables rebaños. En sitios tan perfectamente situados se establecían voluntariamente los pastores, porque podían dejar sus ganados al sereno. Aumentándose luego su número, imitaron la industria de la

estirpe de Cam y edificaron ciudades, que debían ser fortificaciones de hordas, campamento de nómadas, extensísimas como su origen requería, y cruzadas por campos y ríos. Tal debemos figurarnos la inmensa Babilonia; tal Nínive, de una circunferencia de diez jornadas, y á donde las poblaciones acudían, como se hace siempre alrededor del poder arbitrario, para aprovecharse de sus larguezas y errores.

Como las pieles y las tiendas ofrecían abrigo á los habitantes del Septentrion, así también las cañas, las palmas y las telas bastaban á los edificios, contruidos más bien por lujo y regalo que por precaución en climas tan templados; la creta y el betun, suministraban abundante material para los palacios y las torres; y las palmeras sugerían la aérea y esbelta forma de la fábrica y los altos fustes de las columnas. De esta suerte aparecían rápidamente las ciudades, á la manera que el campamento de un ejército ó de una tribu de beduinos, y desaparecían casi sin dejar huella ninguna.

El suelo, que ahora el perezoso musulmán ha dejado esterilizar, recompensaba las fatigas con grata feracidad, y la Mesopotamia estaba convertida en un paraíso, conduciéndose las aguas de los ríos que la bañan por infinitos rodeos de canales, y elevándose con bombas y ruedas, invención de los babilonios, que con tal arte conservaban peregrina verdura en sus pensiles.

Colocados los hombres en llanuras sin límites, con un cielo constantemente límpido, observaron los astros para poder orientarse por su posición en las vagamundas emigraciones, y conducir los ganados conforme á las estaciones pronosticadas por su nacimiento.

Los signos del zodiaco y los nombres de las constelaciones son aún testimonio del origen pastoril de la astronomía: los hombres continuaron cultivándola después de residir en las ciudades, y sentados los jeques por la noche en los terrados de las casas, advertían las variaciones del cielo, mientras los sacerdotes llevaban cuenta de las otras observaciones más exactas, hechas desde lo alto de la gran torre edificada antes de la dispersión. Estos últimos conservaban puras las tradiciones de la ciencia y de la religión patriarcal, que entre otros pueblos se iban corrompiendo, y llegaban á ser

más ó menos sinceros maestros, extendiendo así su influencia sobre las edades y las tierras más lejanas.

De la familia nace la primera sociedad; y como los vínculos domésticos son más tenaces cuanto más sencillo es un pueblo, muchas familias viven juntas con igual concierto, constituyendo la tribu; primera forma de asociación, que así se encuentra entre los salvajes de la América y de la Oceanía, y en los desiertos de África y de la Arabia, como en las tradiciones hebreas. Las tribus viajan juntas, se defienden recíprocamente, y cada una coloca á su frente al más capaz, al más anciano, al más experto de todos, al observador más sagaz de los astros. Este jefe, como el más sábio, pronuncia también los fallos en los juicios; como más experimentado, posee la doctrina; como anciano, rinde solemne culto á la divinidad; y así viene á ser á un tiempo mismo rey, juez, sábio y pontífice.

Este gobierno patriarcal, inconveniente en una civilización adulta, porque hace que el bien de todos sólo dependa de la cualidades personales de uno, varía tanto, que en algunas tribus no limita nada la libertad individual, mientras que en otras llega á la más absoluta tiranía. En aquellos siglos los sentidos y el entendimiento superan á la reflexión, y de aquí su carácter heroico y poético; porque el heroísmo es la consagración de la fuerza por medio del sentimiento, y del sentimiento por medio de la fuerza. De aquí también la obediencia y la fé, pues cuando los ánimos son heridos por las mismas impresiones, y no se guían sino por ellas, fácilmente llegan á creer que un hombre hace mover á un pueblo entero, ó que todo un pueblo se identifica con un hombre, en el cual ven resplandecer las ideas y los sentimientos que en sí perciben oscuros.

Algunas naciones del mundo permanecen aún en este primer grado de cultura, y en él las tendrán por mucho tiempo ó siempre la naturaleza de su país y consiguiente género de vida. Tales son los pueblos de pastores y cazadores: que solamente con la agricultura se establece el hombre en un país, fijándose en él por todos esos sentimientos que hacen santo el nombre de patria. Los pueblos agrícolas, pues, adquiriendo residencia fija, desarrollan las ideas

de lo mío y de lo tuyo, y por necesidad establecen garantías que lo conserven, fuerza ordenada que lo defienda, tribunales para reivindicarlo, reglas para transmitirlo; ese conjunto de cosas, en suma, que componen un gobierno civilizado.

Del propio modo que muchas familias constituyeron una tribu, muchas tribus se unen para formar las aldeas y las ciudades. Los diferentes jeques no renuncian á su primacía, y para deliberar sobre los intereses comunes se congregan en asambleas; y entretanto los miembros coasociados de las tribus introducen variedad de vida y de profesiones. Así, de la innata igualdad de derechos nace la desigualdad de fortunas, porque el hombre más industrioso y prudente gana más, se enriquece y trasmite sus bienes á sus hijos; de cuyo modo se llegan á formar familias ilustres, que propenden á posesionarse de las dignidades y del poder. Así también, si la historia es verídica, se presentan primero las formas republicanas; un patriciado que administra los negocios públicos; distinciones entre nobleza y plebe, y una infinita variedad en el número de senadores, en sus atribuciones, en los magistrados, en las relaciones de cada ciudad con su territorio, y de aquellas que, confederadas entre sí, constituyen Estados, que sin mudar de forma pueden adquirir suma extensión y poder.

Pero en otras partes, las gentes diversas, errantes y aún no reunidas en naciones, encontrándose en el mismo territorio, al pasar un mismo río, al ocupar los mismos pastos, llegan á las manos; y otras veces se enemistan por robos, por amor á las mujeres ó por celos de primacía. Entonces nacen las guerras, y por consecuencia el despotismo. Cualquiera jefe, vencedor de la tribuna enemiga, y que ha experimentado el placer del mando, ambiciona á extenderlo á mayor número; dánle impulso para ello su fuerza personal, el apoyo de los fuertes que desean ejercitar su vigor, ó de los viles que buscan la sombra de un poderoso; y así logra dominar despóticamente á pueblos subyugados.

Tal fué Nemrod, mencionado en la Escritura como cazador fuerte, que dominó los territorios donde después se levantaron gigantescas Babilonia, Edesa, Nisibe, Ctesifonte, y es-

ableció en las llanuras de Asiria un vasto imperio, que no hubiera podido fundar entre las montañas.

Es, pues, la fuerza el primer instrumento de la monarquía en manos de los nómadas que devastan y saquean, dictando luego á los vencidos su voluntad como ley, y afirmándola con la espada: la misma palabra *dinastía* indica el origen de semejante poder. En vano buscaríamos en estos imperios monarquías templadas y ciudadanos como en Europa: una sola cabeza reúne en sí el poder de hacer leyes, ejecutarlas y juzgar; el conquistador se apodera del terreno, y para asegurar su posesión extermina la población, ó la reduce á esclavitud, deduciendo de este supremo dominio el derecho de castigar.

Si investigáramos la razón de haberse perpetuado el despotismo en el Asia, la encontraríamos en sus costumbres; pues la libertad política y la libertad moral caminan de consuno, y no es posible adquirir franquicias civiles, sin haber principiado por reformar las costumbres. Patria y familia son ideas asociadas en Europa, donde el mejor ciudadano es el mejor padre, no así en donde está establecida la poligamia.

Nacen hermosísimas las mujeres en el Asia, y como se desarrollan precozmente, pierden pronto las gracias y la fecundidad. Voluptuoso el hombre por su natural propensión y por efecto del clima, pensó formarse un jardín de estas deliciosas flores, eligiendo diversas de entre las más hermosas; pero siendo niñas aun, propósito solo para el deleite, se necesitaba un freno para la violenta inquietud de sus pasiones, para el amor, la rivalidad y los celos; y como el orgullo y el afecto de aquellas se ofendían con la poligamia, que atormenta los sentidos con las privaciones, y el corazón con las preferencias, no podía el esposo contar con su amor, con el amor, que es la garantía más sólida de la fidelidad. Debía, por lo tanto, dominarlas con implacable severidad, y encerrarlas con severas precauciones, poniendo para su custodia hombres desnaturalizados, de modo que no excitasen los deseos de las jóvenes ni los celos del Señor.

De esta manera, el clima que en Alemania, retrasando el desarrollo y los matrimonios, for-